



Malek-Adhel

# **Ángel de Saavedra, duque de Rivas.**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Malek-Adhel**

# **Ángel de Saavedra, duque de Rivas.**

Tragedia en cinco actos

## Advertencia

Habiendo venido casualmente a mis manos las apreciables obras de madama Cottin, leí con sumo placer en ellas la preciosa novela titulada Matilde, y concebí inmediatamente el proyecto de escribir esta tragedia, aunque no dejaron de arredrarme la maestría con que aquella famosa escritora desempeñó su argumento y las bellezas de toda especie con que lo engalanó su delicadeza y sensible pluma. Consulté mi pensamiento con algunos inteligentes, y, aunque todos procuraron disuadirme, haciéndome patentes las dificultades con que iba a luchar, yo, ya decidido, tracé en grande esta composición, venciendo en cuanto pude los obstáculos que me ofrecía el reducir a cinco actos, a un solo lugar y a doce o catorce horas de tiempo, una acción de una novela de cinco o seis años de duración, complicada con mil incidentes importantísimos, que llena tres tomos abultados. Procuré, sin embargo, escoger los sucesos más interesantes, reunirlos y apresurar notablemente la catástrofe; y, después de trazar, borrar, meditar y escribir, formé al fin con gran desconfianza un prolijo plan de esta tragedia, que manifesté a mis amigos y mereció su agrado. Dedicuéme entonces con calor a versificarla, y lo logré en pocos días, pues la mayor parte de sus razonamientos son casi traducción literal de la elegante y sentimental autora de la Matilde, y, siguiendo siempre sus huellas, llegué al cabo de mi tarea.

Por tanto, esta tragedia es más de madama Cottin que mía; suyo es el argumento, tuyas las situaciones, tuyos los caracteres y tuya la mayor parte del diálogo; y míos, solamente el plan dramático, los versos y alguna que otra escena, tal vez las más endebles. Finalmente, si hay bellezas en Malek-Adhel, son de aquella insigne francesa, y todos los defectos, míos.

Espero, sin embargo, que si algún día sale a la escena, la mirarán con indulgencia los que conocen la dificultad de este género de trabajo y los obstáculos que hay que vencer para dar forma trágica a la acción de una novela.

A. DE S.

MALEK-ADHEL

## PERSONAS

MALEK-ADHEL, hermano de Saladino.

MATILDE, princesa de Inglaterra.

GUILLELMO, arzobispo de Tiro.

LUSIÑÁN, rey de Jerusalén.

HUGO, príncipe de Tiberíades.

RICARDO, rey de Inglaterra.

PRÍNCIPES CRUZADOS.

DAMAS de Matilde.

ESCUDEROS de Lusiñán.

GUARDIAS.

PAJES.

La escena es en Ptolomayda. Los cuatro primeros actos, en un salón del palacio de los reyes cruzados, y el quinto, en la capilla extramuros donde estaba el sepulcro de Montmorency.

La acción empieza al amanecer y concluye a medianoche.

Acto primero

### ESCENA I

MATILDE, sola

MATILDE. Ya de Carmelo en la fragosa cumbre  
brilla la luz del sol, y sus reflejos  
al ronco mar, imagen espantosa  
de mi confuso y agitado seno,  
próximo anuncia el tremendo día  
que mi Destino va a fijar... ¡Oh cielos!...  
¡Matilde desdichada!... ¡Cuál palpita  
tu enamorado y afligido pecho!...  
Paz deliciosa, cuyas dulces alas  
mi edad primera plácidas cubrieron,  
¿dónde estás?... ¿Dónde estás, mansión dichosa  
de inocencia y virtud? ¡Fatal momento  
en que osé abandonar vuestro recinto

sacrosanto y feliz!... Ya el mudo sueño  
huye con las tinieblas de la noche;  
la decisión se acerca... ¡Dios eterno!  
Hoy, ¡para siempre!..., en los desiertos mares  
este sol mismo esconderá su fuego  
y ya mi suerte, ¡oh confusión!, ¡oh, día!  
Malek-Adhel, Malek-Adhel... Guillelmo...  
volad en mi favor. ¡Piadoso y santo  
arzobispo de Tiro! Sí, tu celo  
convertirá a mi amante, y Dios benigno  
con la fe santa alumbrará su pecho.  
Mas cuánto tarda, ¡cuánto! Hoy el concilio  
va a resolver... y acaso... Me estremezco.  
No, prelado ejemplar; sin tu presencia  
no osará decidir... Sin ti, ¿qué espero?  
¿No podrá suspenderse? ¡Ay!, si el buen Hugo  
favorecer quisiera mis intentos;  
no me abandonará: la amistad pura  
le ha unido con Adhel, y es caballero.  
¿Y sin rubor podré manifestarle  
el criminal amor en que me incendio?  
¡Criminal! ¡Ah! ¿Por qué, Dios de venganza,  
amo a un infiel, a un impío sarraceno?  
Pero tú, que formaste sus virtudes,  
sabrás, benigno, perdonar mi yerro.  
Tu piedad sólo...

## ESCENA II

MATILDE y HUGO

HUGO. La condesa Herminia  
me dijo, alta princesa, ha corto tiempo  
que a este lugar mis pasos dirigiera  
a encontrarme con vos. Y ansioso vengo  
a vuestras plantas. ¡oh Matilde!,  
de escuchar y cumplir vuestros preceptos.

MATILDE. ¡Hugo ilustre!

HUGO. Señora...

MATILDE. En vos tan sólo  
puede encontrar mi agitación consuelo.  
Que no extrañéis el infeliz estado  
en que mi corazón se encuentra os ruego.  
Sabéis de Saladino las propuestas  
que de Jerusalén cede el imperio  
al gran Malek-Adhel, su hermano heroico,  
con tal que a mí se enlace en himeneo.  
¿Sabéis que los obispos y legados  
ha ocho luces discuten en secreto

sobre abrazar o rechazar al punto  
esta proposición, y ya el Consejo  
va a congregarse por la vez postrera,  
y hoy debe decidir?... Mas ¿podrá hacerlo  
sin escuchar el parecer prudente  
del prelado de Tiro, cuyo celo,  
profunda ciencia y santidad sublime  
tan necesarios son para el acierto?

HUGO. Tal mi dictamen es; tal es, Matilde;  
y sin la autoridad del gran Guillermo,  
cualquiera decisión... Mas ¡oh princesa!,  
Ricardo y Lusignan están resueltos...  
El concilio tal vez...

MATILDE. ¡Oh Dios!

HUGO. Señora, ¿Y si la decisión se hubiese puesto  
en vuestra mano?...

MATILDE. ¡Ay Hugo!

HUGO. Alta princesa,

perdonad, perdonad. Estuve un tiempo  
al lado de Malek. Cuando los muros  
de la santa Sión rotos cayeron ante  
el poder del furibundo persa,  
y el trono del insigne Godofredo  
Saladino ocupó, yo, cautivado  
y entre cadenas bárbaras envuelto,  
a sus plantas me vi. Su hermano heroico,  
el gran Malek-Adhel, cuyo denuedo  
humilló los católicos pendones,  
movido a compasión, rompió mis hierros.  
Y vida y libertad, hijos y esposa,  
sus generosas manos me volvieron.  
Conozco las virtudes eminentes  
que le adornan, Matilde. Si su acero  
es rayo destructor, terror y asombro  
de las huestes cruzadas; si su esfuerzo  
con mengua nos lanzó de Palestina,  
su corazón tiernísimo y sincero,  
su esplendente heroísmo, su grandeza,  
su generosidad, sus altos hechos,  
encanto son de amigos y enemigos...  
¡Oh Dios piadoso!... ¡Los errores ciegos  
de Mahomet infernal virtudes tantas  
hundirán para siempre!

MATILDE. ¡Justo Cielo!

HUGO. Amo a Malek-Adhel. ¿Y quién, señora,  
no lo ha de amar, si llega a conocerlo?

MATILDE. Príncipe, ¿qué decís?... ¡Verdad terrible!...

HUGO. Notorios son los infortunios vuestros.

Harto, señora, sé que sus virtudes  
a vos patente como a nadie fueron.

MATILDE. ¡Cuánto ignoráis aún!... ¡Suerte tremenda!...

Escuchad Mas ¡ay mísera!... Yo tiemblo...

HUGO. ¿Qué, señora? No alcanzo, confiadme...

MATILDE. Príncipe, ¡qué tristísimo secreto

os voy a revelar!... Compadecedme...

Un sagrado solemne juramento  
me obliga a ser su esposa. Si el concilio  
reprueba las propuestas...

HUGO. ¡Ah!... ¿Y es cierto,  
princesa? ¿Habéis jurado ser su esposa?

¿Esposa de un infiel?

MATILDE. Príncipe, os ruego  
que me compadezcáis.

HUGO. ¿Cómo?...

MATILDE. Cautiva

en el ondoso mar del sarraceno  
de ese Malek-Adhel, su noble brío  
vi con pavor y su marcial denuedo.  
Después, un año en su poder, lo heroico  
de su alma y los hermosos sentimientos  
conocí por mi mal, y absorta entonces  
vi que aquel corazón de duro hierro  
en los sangrientos y hórridos combates  
abrigaba dulcísimos afectos.

¡Dios!... ¡Cuánto le debí!... ¡Qué nobles muestras  
de sumisión!... En el alcázar regio  
que allá venera el Támesis umbrío  
no encontrara jamás tanto respeto.  
Él... ¿Para qué me canso, Hugo prudente,  
sus acciones sublimes refiriendo,  
si vos le conocéis?...

HUGO. Sí; le conozco,  
y sé el voraz inapagable incendio  
en que ardió al admirar las perfecciones  
con que os dotó tan liberal el Cielo.

MATILDE. Completó un giro en derredor del mundo  
del refulgente sol el curso eterno,  
y en su poder me vio, más combatida  
de su ardoroso llanto, de sus ruegos  
de su constante amor y sus virtudes  
que esta playa lo está del mar horrendo.

HUGO. ¿Por qué no fue la fuga vuestro escudo?

MATILDE. Mil veces lo intenté. Mas, ¡ay!, el Cielo  
contrarió mi afanar. Cuando en Damietta,

sola me vi, dispuse en el momento  
mi peligro evitar. Huyó anselosa  
con cien cristianos bravos caballeros,  
y en busca voy de un santo cenobita,  
que habitaba en las costas del Bermejo,  
para fortalecer con sus virtudes  
mi vacilante y combatido pecho.  
Le encuentro al fin; mi suerte miserable  
le hago patente, y su sublime ejemplo,  
y su honda austeridad, y su prudencia,  
y su ferviente orar, y sus consejos,  
vigorizan mi espíritu abatido  
y la tranquilidad torna a mi seno.  
A volver a estos muros me aprestaba,  
cuando una tropa vil de árabes fieros  
sorprende a los cristianos de mi escolta,  
al santo penitente fin horrendo  
dan al pie del altar, ante mis ojos:  
es vana la defensa, es vano el ruego.  
Cuantos intentan defenderme rinden  
al filo agudo el generoso cuello.  
Y ya la muerte atroz me amenazaba,  
cuando al crujir del pavoroso acero  
miro a Malek-Adhel con sus valientes,  
que me busca y me encuentra en tanto riesgo.  
Llega, combate, vence, ahuyenta, humilla,  
desbarata a los viles bandoleros  
y me salva la vida.

HUGO.    ¡Oh generoso  
y valiente Malek!

MATILDE.                                    Estadme atento,  
escuchad algo más. Mirando ufano  
su sangre y sus heridas con desprecio,  
sólo cuida de mí, que, desmayada  
me ve en el lodo del sangriento suelo.  
Servido de los suyos, me acomoda  
en su caballo, de sudor cubierto,  
y me aleja veloz de aquellos sitios,  
do me llevara mi destino adverso.  
Al asomar la plateada luna  
en la abrasada arena del desierto,  
me hallo de inmensa soledad cercada  
y de pavor y hondísimo silencio  
con Adhel y los pocos que le siguen...  
Pero aun riesgo mayor guardaba el Cielo  
a esta infeliz...

HUGO.    ¡Oh Dios!

MATILDE.

Cuando los rayos

de la primera luz aparecieron  
y ansiosos esperábamos el día,  
se aumentaron, ¡oh príncipe!, los riesgos.  
La sed y la fatiga y los ardores  
de la abrasada arena en nuestros pechos  
robaron el valor y la constancia,  
y más al advertir presagios ciertos  
de que a agitar los vastos arenales  
de aquel espacio el requemado viento  
del ardoroso Sur se preparaba,  
y a dar a nuestras vidas fin funesto.  
Entonces, con terribles alaridos,  
los bárbaros soldados sarracenos  
que siguen a Malek claman furiosos,  
en ronco grito y en tumulto fiero,  
que el amor de su jefe a una cristiana  
con tales plagas castigaba el Cielo.  
Y, fanáticos, rompen la obediencia,  
y en mí vengar su situación quisieron.  
El gran Malek-Adhel, que, absorto,  
mira la infame sedición y horrible intento,  
empuñando la corva cimitarra  
su número desprecia, y sobre ellos  
se lanza denodado, como suele  
el rayo ardiente al resonar del trueno,  
y mata, y atropella, y todos ceden,  
y me salva otra vez. Viles, huyeron  
dejando a su señor, y a mí en sus brazos,  
yerta, y pálida, y muda, y sin aliento.  
¡Dios! Tú lo presenciaste.... tú, ¡oh Dios santo!,  
vistes allí su amor y su respeto.  
Él me salvó mi vida tantas veces,  
salvó mi honor y mi inocencia a un tiempo.  
¿Quién su moderación, y su heroísmo,  
y su amor, y su llanto, y sus esfuerzos  
pudiera ver sin interés?... ¡Ay Hugo!,  
entonces el terrible juramento  
mi labio y mi alma toda pronunciaron,  
que no es mi corazón rígido acero.  
HUGO. Cuánto combate, ¡oh Dios!... ¿quién resistiera?  
Bien vuestro amor y gratitud comprendo.  
Pero ¿después?

MATILDE.

Llegamos a Damieta,

venciendo al fin tan horroroso riesgo.  
Y entonces, ¡oh virtud!, con mi palabra  
el gran Malek, premiado y satisfecho,



a sí mismo se vence, y, generoso,  
me da la libertad y cien guerreros  
cristianos para escolta. Y al gallardo  
noble Montmorency, francés excelso,  
le encarga mi custodia. ¡Amable joven  
que murió en mi defensa! El filo horrendo  
de la sañuda Parca ante mis ojos  
cortó cual tierna flor su ilustre cuello.  
Ved, pues, mi situación... Estos tratados,  
esta paz que el Soldán nos ha propuesto,  
todo es obra de Adhel... Si los obispos  
se opusieran... ¡Oh Dios!... Sólo Guillermo...  
HUGO. ¿Y de Tiro juzgáis que el gran prelado  
podrá acceder a que una el himeneo  
a una princesa, honor del cristianismo,  
con un príncipe infiel?...

MATILDE. ¡Infel!... El Cielo,  
el Cielo, que conoce sus virtudes,  
alumbrará su generoso pecho.  
De Guillermo las santas persuaciones...

HUGO. Si así fuese...

MATILDE. Suspéndase el Consejo.  
Por piedad, por piedad...

HUGO. Pero, Matilde,  
un tenebroso impenetrable velo  
nos esconde el lugar donde se encuentra  
el prelado de Tiro; ni sabemos  
a dó se encaminara, ni si torna,  
y tal vez la tardanza...

MATILDE. Nada debo  
ocultaros, ¡oh príncipe! Movido  
de mi justo temor y de mis ruegos,  
el gran Malek-Adhel marchó en su busca,  
dejando los festines y torneos  
do a favor de la tregua que gozamos  
ostentaba su amor y su denuedo.  
Y por Kaled de recibir acabo  
de que hoy llegan los dos aviso cierto.  
Y es forzoso...

HUGO. ¡Matilde!

MATILDE. Hugo, acordaos  
que Adhel os libertó del cautiverio.

HUGO. Lusiñán y Ricardo se aproximan.

MATILDE. Vos mi esperanza sois y mi consuelo.

ESCENA III

MATILDE, HUGO, RICARDO, LUSIÑÁN y PRÍNCIPES CRUZADOS

RICARDO. Matilde, ya el concilio venerando  
por la postrera vez reunido vemos,  
y sin duda, su voto será guerra,  
no vergonzosa paz. Así lo espero  
de los sabios prelados que lo forman  
y de su rectitud y santo celo.  
Y con esta esperanza, hermana mía,  
quiero manifestarte mis deseos.  
El grande Lusinián de Palestina  
y de Jerusalén rey verdadero  
tu mano anhela y elevarte al trono  
do mi brazo otra vez ha de ponerlo.  
Soy tu hermano y tu rey; le he prometido  
que tú suya serás, que el himeneo...

MATILDE. Señor..., Ricardo... ¿Qué? ¿Cuándo reunidos  
los jefes de la Iglesia discutiendo  
están sobre la paz que Saladino,  
por sus embajadores, ha propuesto;  
cuando vos, ¡oh mi hermano!, y las cabezas  
del católico ejército europeo  
a su ciencia y virtud han confiado  
tan ardua decisión; sin datos ciertos  
de cuál será su voto, de mi mano  
disponéis?

LUSINIÁN. ¡Oh Matilde!

RICARDO. ¿Y el Consejo  
podrá votar jamás? ¡Oh infamia! ¡Oh mengua!  
¿Qué presa vil de un torpe sarraceno  
que de la alta princesa de Britania?  
¿La hermana de Ricardo?... Me avergüenzo  
de que tal duda, baldonosa, horrible,  
quepa un instante en tu cristiano pecho.

MATILDE. ¡Señor!...

RICARDO. Matilde, tu inocencia sólo  
te puede disculpar... Hoy el decreto  
de los obispos fijará...

MATILDE. ¿Y acaso osarán  
decidir sin que Guillelmo,  
cuya alta clase y santidad sublime,  
ciencia y reputación?...

RICARDO. Ya te comprendo  
el gran prelado de la excelsa Tiro,  
de Ptolomayda y de sus muros lejos,  
se ignora dónde está. Más dilaciones  
no admite el decidir.

MATILDE. Yo, por el Cielo,  
te juro que antes que concluya el día

dentro de estas murallas le veremos.

RICARDO. ¿Hoy debe de llegar? ¿Cómo?...

MATILDE. Ricardo,  
hoy mismo; yo lo sé.

LUSIÑÁN. ¡Destino adverso!

MATILDE. Y qué, ¿no será justo, hermano mío,  
para resolución de tanto peso,  
esperar su llegada? ¡Oh vos, valientes  
príncipes!, decidid.

LUSIÑÁN. Ricardo egregio:

¿y vos consentiréis que se suspenda  
de los santos obispos el consejo  
ni un instante? ¡Señor!...

MATILDE. ¡Hugo!

HUGO. Si llega,

cual la princesa afirma, el gran Guillermo  
debe al punto cesar y suspenderse,  
hasta escuchar su veto. El santo celo  
que arde en su corazón, y su prudencia  
y su ínclita virtud...

PRÍNCIPES CRUZADOS. Quede suspenso  
el concilio.

HUGO. Sí; debe suspenderse.

La equidad y razón lo están pidiendo.

RICARDO. Quede, pues.

LUSIÑÁN. ¡Ah Matilde!

MATILDE. Acompañadme,

Hugo; y vosotros, príncipes excelsos,  
avisad sin tardanza a los preladados  
que-esperen la llegada de Guillermo.

#### ESCENA IV

RICARDO y LUSIÑÁN

LUSIÑÁN. Señor, ¿así ceder?... Hoy que se cumple  
la vergonzosa tregua en que yacemos,  
¿la decisión va a suspenderse? ¡Oh mengua!  
¿Cuando ceñimos el tajante acero  
a la negociación darle acogida  
y dilaciones tímidas?... Ya veo  
que los ínclitos reyes de Occidente  
sus formidables huestes condujeron  
orillas del Jordán. no a ser amparo  
de la santa Sión, del verdadero  
rey de Jerusalén, sino a dejarlos  
presa infeliz del torpe sarraceno;  
no a exterminar los impíos musulmanes,  
sino, ¡oh baldón!, a contratar con ellos.

RICARDO. ¿Así ultrajáis mi amistad sagrada?  
Soy jefe del ejército europeo,  
no soy su soberano; y esta tregua  
y estas negociaciones no tuvieron  
mi aprobación jamás, pues mientras pueda  
la espada fulminar, paces no quiero.  
Pero al común sentir me fue forzoso  
acceder... ¿Lo ignoráis?

LUSIÑÁN. Amigo tierno:  
perdonad, perdonad... A un desdichado,  
que se lamenta permitidle al menos.  
Con esta dilación...

RICARDO. ¿Y, por ventura,  
pudierais albergar algún recelo  
del prelado de Tiro?

LUSIÑÁN. No, conozco  
su santidad, su rectitud. Mas, ¡cielos!,  
le debe tanto a Adhel, al venturoso  
Adhel...

RICARDO. ¿Qué, Lusiñán?...

LUSIÑÁN. ¡Ah! Nada temo  
más que el perder a la sin par Matilde.  
Y que tal vez vos mismo.... me estremezco,  
os declaréis de Lusiñán contrario,  
obediente a un tiránico decreto.

RICARDO. ¿Quién? ¿Yo?... Jamás. Juré ser vuestro amigo  
y nunca quebranté mis juramentos.

Acto segundo

ESCENA I

MATILDE y HUGO

HUGO. Alta princesa, en este mismo instante  
acaba de llegar el gran prelado  
de la opulenta Tiro, y a sus plantas,  
príncipes, y caudillos, y soldados  
corren llenos de gozo y de ternura  
su bendición a recibir. ¡Qué encanto  
de sublime virtud brilla en su frente,  
do el venerable curso de los años  
esculpió candidez y alta prudencia!  
Su humildad, su sencillo y pobre ornato,  
su lengua y blanca barba, a nuestros ojos

de un apóstol ofrecen el traslado.  
Todos anhelan verle, y se atropella  
la multitud para salirle al paso.  
Y él, tendiendo las manos a los cielos  
y lágrimas de gozo derramando,  
da gracias al Señor Omnipotente,  
que le torna, otra vez a los cristianos.  
MATILDE. ¡Oh Dios!... ¡Dios de bondad!... ¿Y viene solo?  
HUGO. El príncipe Malek viene a su lado.  
MATILDE. ¿Malek-Adhel?  
HUGO. Malek-Adhel, señora;  
y la visera levantada en alto  
muestra a la muchedumbre aquel semblante  
do luce el heroísmo, y de admirarlo  
nadie se excusa, que virtud y gloria  
al mayor enemigo tornan grato.  
MATILDE. ¿Y dónde está? Decid.  
HUGO. Su tarda huella  
Guillermo dirigía hacia el palacio  
del legado apostólico.  
MATILDE. ¿Y adónde  
el príncipe Malek?

## ESCENA II

MATILDE, HUGO y MALEK-ADHEL

MALEK-ADHEL. El Cielo santo  
a tus plantas me trae.  
MATILDE. ¡Adhel!  
MALEK-ADHEL. ¡Matilde!  
MATILDE. ¡Eterno Dios!... ¿Es ilusión?... Su labio;  
me asegura que el Cielo le conduce...  
Dios de piedad, benigno Dios... ¿Amarlo  
será ya permitido al pecho mío?  
MALEK-ADHEL. ¿Qué escucho?... ¿Qué rigor?...  
MATILDE. ¿Os ha enviado  
Guillermo a este lugar?... ¿La voz eterna  
de Dios que os llama?... ¿Los consejos sabios  
del piadoso arzobispo?... ¿Los errores?... ¿Sabéis?...  
MALEK-ADHEL. ¡Matilde! Sólo sé que os amo.  
Que es mi pecho un volcán que me devora  
y que estoy junto a vos... He libertado  
a Guillermo del filo de la muerte,  
que ya estaba su cuello amenazando.  
A Ptolomayda, libre, le he traído.  
Ya mi oferta cumplí... Ya se lograron  
vuestros deseos... ¡Ah!... ¡Cuántos te mores!...  
¡Qué esperanza falaz!...

MATILDE. ¡Dios!... ¡Qué agitado !...  
 ¡Qué incertidumbre!... Príncipe...

MALEK-ADHEL. Matilde,  
 mi mente funestísimos presagios  
 encuentra donde quier... Ningún consuelo  
 basta a mi corazón... ¿De quién lo guardo?  
 ¡Hugo!... ¡Matilde!...

MATILDE. ¡Dios!

HUGO. Príncipe augusto:  
 ¿por qué tanto temor, tal sobresalto?

MALEK-ADHEL. ¡Ay amigo!

HUGO. ¡Señor!

MALEK-ADHEL. Todo conspira  
 contra Malek-Adhel... Esos prelados  
 decidirán... De Lusiñán conozco  
 la astucia, el ascendiente... Sí, Ricardo...

HUGO. Calmad la agitación que os enajena.  
 El prudente Guillermo...

MATILDE. Nuestro amparo,  
 nuestro apoyo será.

MALEK-ADHEL. ¡Matilde! ¡Cielos!

MATILDE. ¡Ah!, me estremezco... ¡Oh Dios! Procuero en vano  
 preguntarle... Y él.¿qué? ¡Cielos! Cuál temo  
 escuchar su respuesta... Demostrando  
 está su turbación, ¡Adhel!... ¡Ay triste!

MALEK-ADHEL. ¡Matilde!

MATILDE. ¿Qué...?

MALEK-ADHEL. Matilde, ¿se borrarón  
 de vuestro pecho ya...

MATILDE. ¿Qué?

MALEK-ADHEL. ...las ofertas  
 que nadie más que el Cielo y yo escuchamos  
 de vuestro amor en medio del desierto  
 y de la muerte atroz casi en los brazos?

MATILDE. ¿Borrarse de mi pecho? ¿Qué pronuncia  
 mi amado Adhel?... ¡Ah!..., ¿Dudas?...

MALEK-ADHEL. ¡Tan amargo  
 es mi destino!

MATILDE. Pues de vos depende  
 nuestra felicidad... Sí... El Cielo santo...

MALEK-ADHEL. ¿Seréis mía, Matilde?

MATILDE. En la presencia  
 del Dios eterno, cuyo justo brazo  
 castiga inexorable a los perjuros,  
 mi pecho a un tiempo, príncipe, y mi labio  
 confirman el sagrado juramento  
 de ser vuestra o de nadie. Aseguraos

de mi verdad, Malek. Heme dispuesta  
a unirme a vos con duradero lazo  
por una eternidad. De vos tan sólo  
una respuesta nada más aguardo.

¿Conocéis ya a mi Dios?... ¡Decid!

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!

¿Qué pretendéis?... ¡Cruel!

MATILDE.

¡Desventurado!

¿Qué?... Nuestra eterna dicha solamente.

Y vos ¿la rehusaréis?... ¡Adhel!... ¿Negaros?...

HUGO. Príncipe, reparad que hacia este sitio  
se acerca Lusiñán apresurado.

### ESCENA III

MATILDE, HUGO, MALEK-ADHEL y LUSIÑÁN, que sale con la espada en la mano.

LUSIÑÁN. ¿Qué altivo musulmán tiene la audacia  
de hollar con planta osada este palacio?

¿Quién?...

MALEK-ADHEL.

Yo: Malek-Adhel.

LUSIÑÁN.

¿Cuándo pensaba

no tornaros a ver sino en el campo,  
ceñida la coraza refulgente,

donde, por siempre, fueran acabados

al fulminante impulso de mi lanza

nuestra rivalidad, nuestros insanos

debates, nuestros odios, que extinguirlos

ni aun la muerte podrá, vuelvo a encontraros?

¿Y dónde?... Aquí... ¡Oh furor!...

MALEK-ADHEL.

Ese importuno

denuedo reprimid, y sosegaos,

¡oh Lusiñán!; a la princesa augusta,

en cuya alta presencia nos hallamos,

respetad cual debéis. Y respetadme

como enemigo vuestro, que, fiado

en las juradas treguas, ha venido

de buena fe y de paz a este palacio,

a rendir a Matilde el homenaje

debido a su virtud, beldad y encanto.

Ni vuestro altivo orgullo ni ese acero,

que injusto brilla en la indignada mano,

pueden darme pavor en este sitio,

cuando en la lid jamás me lo causaron.

Ahora es tiempo de paz.

LUSIÑÁN.

Paz vergonzosa.

MALEK-ADHEL. Cual ofendido habláis, y no me pasmo.

Esa arma retirad, que no me asusta.

Deponed ese bélico aparato...

Aquí no asienta bien...

LUSIÑÁN. Si aquí no asienta,  
asentará, ¡oh Malek, cuando vengando  
mi religión, mi amor, mi fama y trono  
a vuestra altiva frente arranque el lauro  
que orgulloso ostentáis.

MALEK-ADHEL. Si esa esperanza, Lusiñán,  
os consuela por acaso,  
esperad a que llegue tal momento,  
que el Destino, quizá, puede guardaros.

LUSIÑÁN. Y que tarda, y que tarda a mi impaciencia.

MATILDE. Rey de Jerusalén, ¡eh!, reportaos.

Moderad ese orgullo y demasía.  
Cuando todo el ejército cristiano,  
fiel a su honor y a su jurada tregua  
prodiga obsequios mil a los vasallos  
del triunfante y glorioso Saladino,  
¿vos solo osáis con atrevido labio  
las paces perturbar? ¿Y así, orgulloso,  
desnudáis el acero en el sagrado  
asilo de mi estancia?

LUSIÑÁN. ¡Oh Dios!... Princesa:  
perdonad, perdonad; como encargado  
de la custodia vuestra...

MATILDE. ¿Y qué enemigos  
a mi seguridad han atentado?...

Aquí el príncipe entró con mi anuencia,  
y puede entrar cuando quisiere a salvo;  
y ese celo imprudente y ese arrojo  
que refrenéis, ¡oh Lusiñán!, encargo.

(A Malek-Adhel, llevándole aparte.)

Príncipe, el tiempo vuela. Los afectos  
en que estáis hora mismo naufragando  
conozco bien. Mas si mi amor de todos  
puede triunfar, y todos apagarlos,  
deponedlos por mí. Vuestra alma entera  
ocupad, embebed en un cuidado  
más grande y eminente. No se trata  
de intereses al tiempo limitados.

A los eternos dirigid la mente.

Mi pecho, por mil dudas devorado,  
teme, sospecha, duda, desespera...

Mas ¿qué digo?... Malek, marchad volando;  
al arzobispo ved; aún puede hacerlos  
de mi amor digno su consejo sabio.

Prestadle honda atención.

MALEK-ADHEL. ¡Matilde!... ¡Ah triste!



MATILDE. Ya Dios no me permite el escucharos.

A Guillelmo buscad... ¡Ay!, de que restan  
cortísimos Momentos, acordaos.

MALEK-ADHEL. ¡Matilde!... Bien... Humilde, os obedezco.

#### ESCENA IV

MATILDE, HUGO y LUSIÑÁN

MATILDE. (Al ver que Lusiñán quiere seguir a Malek-Adhel.)

Lusiñán, Lusiñán, ¿adónde el paso  
intentáis dirigir?

LUSIÑÁN. ¡Cruel Matilde!

MATILDE. Esperad, esperad.

LUSIÑÁN. ¡Ah!... Será en vano  
intentar seducir al jefe augusto  
de la iglesia de Tiro.

MATILDE. Vuestro labio,  
¿qué se atreve a alentar? ¿Qué vil ponzoña  
ese pecho maléfico ha engendrado?...  
¿Seducir, seducir!... ¿Así ultrajarme?  
¿Cómo habláis con tan torpe desacato?  
¿Qué pretendéis de mí?...

LUSIÑÁN. Basta, Matilde;  
de pesares sin fin soy triste blanco.  
Sé que me aborrecéis.

MATILDE. Vuestra altiveza,  
vuestra rabia feroz y orgullo insano,  
¿qué deben esperar?

LUSIÑÁN. ¡Destino horrible!  
Ardo en amor, el fulminante rayo  
no es más voraz que la insaciable llama  
en que por vos, ¡ay mísero!, me abraso.  
A la vista cruel de ese dichoso  
competidor, el pecho me agitaron  
mis afectos terribles... El pretende  
que le ceda mi reino y vuestra mano...  
¿Y aún he de reprimir?...

MATILDE. ¿Qué estáis diciendo?  
¿Cómo ha de pretender, ni imaginarlo,  
que le cedáis un reino que, animoso,  
ha sabido en la lid arrebatáros?...  
¿Cómo que le cedáis la mano mía,  
mía, y de nadie más?...

LUSIÑÁN. Soy desdichado,  
princesa; harto lo sé.

MATILDE. ¡Gran Dios, Guillelmo!  
Guillelmo se aproxima con Ricardo.

ESCENA V

MATILDE, HUGO, LUSIÑÁN, GUILLERMO, RICARDO y PRÍNCIPES CRUZADOS

MATILDE. ¡Oh gran Guillermo! ¡Oh venerable apóstol!

HUGO. Consuelo del ejército cristiano,  
¡oh virtuoso padre! ¿Al fin los cielos  
a nuestro seno os tornan? ¿Qué contrario  
destino dilató tan dura ausencia?  
¿Qué suceso feliz e inesperado  
el volveros a ver nos proporciona?

GUILLERMO. De Dios eterno los decretos santos  
humildes adoremos. Los destinos  
de los mortales penden de su mano  
omnipotente. A dar el cumplimiento  
debido al ministerio de mi cargo,  
a recorrer los pueblos oprimidos,  
a consolar sus míseros cristianos,  
me alejé de estos muros, y aún la tregua,  
cual sabéis, no se había declarado.  
Estuve en Ascalón y en Cesarea  
los tristes cautivos confortando,  
y pronto ya a tornar, los sarracenos  
a descubrirme llegan; indignados  
me acometen, me cargan de prisiones;  
ni mi carácter ni mis largos años  
su saña templa y furibundo encono,  
y a Jafa me conducen como esclavo.  
Ayub, que la gobierna, y cuyo pecho  
de crueldades jamás se ve saciado,  
en mí cebó su vengativa furia  
y decretó mi muerte en un cadalso.  
Fui sumido en un hondo calabozo,  
de horribonas cadenas abrumado;  
y ya el día fatal se aproximaba,  
cuando miro caer hechas pedazos  
de la prisión las redobladas puertas  
y un guerrero llegar; su fuerte brazo  
quebranta mis pesados eslabones;  
de la horrenda mazmorra, apresurado,  
me saca y me liberta.

RICARDO. Gran Guillermo

¿y a quién, a quién, decid, auxilio tanto  
debisteis?... ¿Conocéis?...

GUILLERMO. ¡Ah!... Sí; conozco  
a mi libertador, noble Ricardo.

LUSIÑÁN. ¿Y quién?...

GUILLERMO. Malek-Adhel.

LUSIÑÁN. ¿Cómo?

GUILLELMO. No acierto,  
señor, por qué ocultísimo milagro  
de la alta inescrutable Providencia  
a libertarme encaminó sus pasos,  
cuando todo parece conspiraba  
a detenerle en Ptolomayda.

RICARDO. Extraño  
suceso, a la verdad! ¿Y cómo pudo  
saber de vos Malek, ir a buscaros  
y llegar tan a tiempo?... son misterios,  
¡oh arzobispo de Tiro!, que no alcanzo.

GUILLELMO. Misterios de virtud y de heroísmo  
que no osaré jamás interpretarlos,  
or respeto a la mano generosa  
que obra el bien sin querer manifestarlo.  
No es la primera vez que le he debido  
la vida al gran Adhel. Allá en Damasco  
me libertó también de los tormentos  
y de la muerte. El Cielo ha destinado  
a ese príncipe insigne y generoso  
para sacarme del peligro a salvo.

LUSIÑÁN. ¡Cuán prevenido estáis, ¡oh gran Guillelmo,  
a favor de Malek veo con pasmo!  
Y tanta prevención me da temores;  
perdonad lo pronuncie sin reparo,  
de que la integridad debida altere  
para la decisión que ya esperamos  
y que de vos, señor, depende sólo.

GUILLELMO. Mucho estimo a Malek. ¿Por qué negarlo?  
Sí, le profeso paternal ternura.  
Sus excelsas virtudes y los rasgos  
de su heroísmo a amarle me obligaran,  
si la fiel gratitud un deber sacro  
no me impusiera, Lusiñán, de amarle.  
Y yo haré en el consejo a los prelados  
de ese príncipe insigne el justo elogio  
como vos lo escuchaste. ¿Es necesario,  
cuando de sostener se trata sólo  
de la alma religión los sacrosantos  
derechos, ser injusto?

LUSIÑÁN. ¿Por ventura  
queréis en su favor manifestaros?...  
¿Intentáis?...

GUILLELMO. Lusiñán, mis intenciones  
no estoy a conferiros obligado.  
Mas espero que el ojo penetrante,  
que ve la oculta marcha de los astros,

las arenas del mar, y a cuya vista  
no hay presente, futuro ni pasado,  
contento quedará de mis ideas.

RICARDO. ¿Y quién dudar pudiera, ¡oh padre amado?...

GUILLELMO. ¿Y aunque dudaran, ¡oh señor!, debiera  
quejarme yo ni concebir agravio?

Soy hombre y nada más. Todo hombre es frágil,  
debilidad y error de los humanos  
los atributos son, y pues que todos  
sujetos al error, ¡gran rey!, estamos,  
también a la sospecha y al recelo  
lo debemos estar.

MATILDE. ¡Oh varón santo!

¡Apóstol venerable! Vos tan sólo  
sois verdadero justo, y por dechado  
de virtudes sin mancha, el alto Cielo  
os concede a la Tierra.

GUILLELMO. El entusiasmo

con que habláis, reprimid, incauta joven,  
para objetos más dignos reservadlo.  
Nadie vive en el mundo sin mancilla,  
sujetos todos a faltar estamos.

HUGO. Señor, y al elogiar el heroísmo  
del príncipe Malek, ¿podéis acaso  
elogiarle a la par de humilde y dócil  
en convertirse a Dios y en escucharos?

GUILLELMO. Príncipe: permitid no satisfaga  
vuestra curiosidad... Ya los prelados  
me aguardarán reunidos en el templo  
adonde debo dirigir mis pasos.

Acto tercero

ESCENA I

RICARDO, MATILDE y DAMAS de Matilde

RICARDO. Se cumplió tu afán: por complacerte  
quedó, Matilde, la sesión suspensa,  
y ya el Consejo augusto y venerado  
goza del gran Guillelmo la presencia.  
Pero ¿qué esperas de él?... ¡Ah! ¿Por ventura  
que su celo inflexible dictar pueda  
que de Jerusalén el santo trono  
ocupe un musulmán, un fiero persa?...

Mas tú anhelaste esperar su voto,  
y yo te complací, por lo que espera  
tu hermano y rey que a complacerle pronta  
e hallará en adelante. La postrera  
decisión del Consejo debe al punto  
sancionarse, y al punto mis ideas  
debes tú coronar.

MATILDE. ¡Oh Dios! ¡Ricardo!

RICARDO. ¿Te demudas?... Matilde, ¿por qué tiemblas?

Educada en el claustro retirado  
y dedicada a Dios tu edad primera,  
¿cómo tales pasiones vergonzosas  
en tu alma pura y cándida se albergan?  
Y, aunque justas, y dignas, e inocentes  
no criminales ni horrorosas fueran,  
¿quién, ¡ay!, puede aprobar el hondo anhelo  
con que a su impulso y frenesí te entregas?

Tú, que siempre miraste con desprecio  
los goces miserables de la Tierra,  
ejemplo de piedad y de virtudes,  
¿Ahora en tanto, Matilde, los aprecias?

MATILDE. Me ofendes, ¡oh Ricardo! No; te juro  
que a mi apenado corazón no inquietan  
pasajeros afectos al presente,  
ni por cosas mortales ves suspensa  
mi triste y angustiada fantasía:

pensamientos más altos me enajenan.  
¡Oh Dios, Dios de piedad!, a vuestra vista  
nada hay oculto en la anchurosa Tierra:  
vos penetráis el fondo de mi pecho;  
si separarnos es voluntad vuestra,  
me resigno sumisa, respetando  
vuestros santos decretos... Mas ¿es fuerza  
que esta separación, Señor benigno,  
por una eternidad terrible sea?...

RICARDO. No comprendo, Matilde...

MATILDE. Basta sólo  
que el Ser Omnipotente me comprenda.

## ESCENA II

MATILDE, RICARDO, DAMAS de Matilde y HUGO

HUGO. Rey de Albión: volad; en este instante,  
de este regio palacio ante las puertas,  
el príncipe Malek se ha presentado  
y ver a vuestra hermana, ansioso, anhela.  
Mas Lusiñán el paso le detiene,  
y agitados de cólera funesta

y desnudado el vengativo acero,  
sin reparar en la jurada tregua,  
combaten con furor. De Palestina,  
dice el altivo rey, que en vano intenta  
el príncipe llegar a estos salones,  
sin antes obtener vuestra licencia.  
Apresuraos, señor; ved que la sangre  
va a inundar estas plazas.

MATILDE. ¡Oh Dios!, vuela.

No tardes..., por piedad..., Hugo...

RICARDO. Matilde,  
calma esa impropia agitación que ostentas.

### ESCENA III

MATILDE, DAMAS de Matilde y HUGO

MATILDE. Hugo, marchad también... ¡Ay de mí, triste!  
¿Conseguirá Ricardo?...

HUGO. Sí, princesa.

Vuestro pecho aquietad. El rencoroso  
Lusiñán, de Ricardo a la presencia,  
su furia enfrenará... Y en el momento,  
el generoso Adhel...

MATILDE. ¡Oh Dios! Me hiela  
la sangre toda el vengativo encono  
del atroz Lusiñán.

HUGO. Aquí se acerca, señora,  
el gran Malek, y me retiro,  
pues ya el Consejo que concluya es fuerza  
su postrera sesión, y yo el primero  
tornaré a datos la felice nueva  
del decreto que aguardo favorable.

MATILDE. ¡Favorable!... ¡Ilusión que me enajena!

### ESCENA IV

MATILDE, DAMAS de Matilde y MALEK-ADHEL

MATILDE. ¡Malek-Adhel! ¡Malek-Adhel!

MALEK-ADHEL. ¡Matilde!,

de amargura y dolor el alma llena,  
vengo a buscar consuelo a vuestras plantas,  
y armas y altivo arrojo me lo vedan.  
¿Dó estoy? ¿Así el sagrado juramento  
quebrantan los cristianos de la tregua?

¿Así ese Lusiñán, fiero y altivo,  
del honor militar las leyes huella?

Mas, ¡ah!, si otro enemigo, a quien mis ojos  
sin tanto encono ni desprecio vieran,  
se hubiese opuesto a mi anhelosa planta,

desnudo el pecho miserable diera  
al hierro matador, pues muerte sólo  
es el consuelo que a Malek le queda.

MATILDE. ¡Muerte! ¡Qué horror! ¡Adhel! ¡Cielo!, ¿qué dices?  
¿Y Guillermo?

MALEK-ADHEL. Jamás, Matilde, encuentra consuelo  
alguno el que infelice nace.

Vano fue mi anhelar; la suerte adversa  
le alejaba de mí; corrí en su busca  
por toda la ciudad, vagando en ella;  
por el pregunto al duque de Borgoña;  
por él, a Alfredo de Turón; no aciertan  
a decirme dó está. Torno a este alcázar,  
y ya no le hallo en él, sino sus huellas,  
y, ¡oh, fortuna terrible!, en el momento  
de entrar en el Consejo, ante las puertas  
del templo, do se juntan los prelados,  
le alcanzo al fin; mas cuando ya no era  
tiempo de que escuchara mis acentos.

MATILDE. ¡Eterno Dios! ¡Eterno Dios!

MALEK-ADHEL. La inmensa  
multitud, que a admirarle se agolpaba,  
me inspiró el acercarme. A la hora mesma  
se cerró el templo. En este horrible instante,  
tal vez la decisión ¡Cruel estrella!

MATILDE. ¡Príncipe!

MALEK-ADHEL. ¡Desdichado! Y qué, Matilde,  
¿no le podréis hablar?... Posible fuera  
suspenderse otra vez...

MATILDE. Ya no, ¡Dios mío!

MALEK-ADHEL. Día terrible... Muerte sólo resta.

(Quedan Matilde y Malek en profunda meditación, sentados al fondo del teatro.)

## ESCENA V

MATILDE, DAMAS de Matilde, MALEK-ADHEL, RICARDO y LUSIÑÁN

LUSIÑÁN. ¡Oh, cuál están! Miradlos; sí, miradlos.

¿De justo encono y de furor no llena  
vuestro pecho, ¡gran rey!, ver al impío,  
al seductor, al temerario persa  
al lado de Matilde?

RICARDO. Sí; me indigna  
el verlo más que a vos.

LUSIÑÁN. ¿Por qué mi diestra  
contenéis y el acero aquí pendiente  
queréis que inútil y dormido tenga?

RICARDO. Lusiñán, un sagrado juramento  
ha suspendido la horrorosa guerra.

Él viene a mi palacio a fuer de amigo:  
soy caballero y ampararle es fuerza,  
pues fuera indignidad causar injuria  
a quien inerme a nuestros brazos llega.  
Yo, el primero en el campo de batalla,  
aunque respeto su virtud excelsa,  
fulminaré la lanza vengadora  
contra su pecho, y entre sangre negra,  
de él sabré arrebatár la llama altiva,  
que me horroriza y en furor me incendia.  
Mas ahora mi rencor y noble saña  
la fe del pacto y mi palabra enfrenan,  
y sólo he de encontrar festivo obsequio,  
pues no consentiré se le haga ofensa.

LUSIÑÁN. Pues yo que nunca...

RICARDO. Baste.

MATILDE. ¡Oh Dios!

RICARDO. Sin duda,

ya los prelados el Concilio cierran,  
y ya determinaron, pues advierto  
que con el gran Guillelmo, a su cabeza,  
salen del templo, y donde quier los vivos  
y aclamaciones por el aire suenan.  
Mas Hugo hacia este sitio, apresurado,  
a darnos la noticia se acelera.

MALEK-ADHEL. Mi suerte se fijó.

LUSIÑÁN. También la mía.

MATILDE. Y mi eterno Destino, ¿qué me espera?

## ESCENA VI

MATILDE, DAMAS de Matilde, MALEK-ADHEL, RICARDO, LUSIÑÁN y HUGO

RICARDO. ¿Cuál, príncipe, decid, de los prelados  
ha sido al fin la decisión postrera?

Mas ¿qué penar anubla vuestra frente?

¿Qué turbación y embargo manifiesta  
vuestra marchita faz?... ¿No resolvieron?

HUGO. Sí, señor; han resuelto.

RICARDO. Y ¿qué os altera?

MALEK-ADHEL. ¡Ah! Por piedad. no retardéis...

HUGO. Matilde...

Cuando a ruego, señor, de la princesa,  
esta mañana la sesión augusta  
suspendieron los jefes de la Iglesia,  
era el voto común que vuestra hermana  
del héroe musulmán esposa fuera.  
Pero del grande y ejemplar Guillelmo  
la santidad, el celo y la elocuencia



mudaron la opinión de los preladados,  
y todos, que le admiran y respetan,  
su dictamen aclaman y le siguen...

LUSIÑÁN. Y ¿cuál es? Acabad.

HUGO. Que a las propuestas  
del valiente Soldán en nada accede,  
y que el permiso, inexorable, niega  
para unir en los lazos de himeneo  
a Matilde y a Adhel..., como no sea  
que ese príncipe insigne, en el espacio  
preciso de tres días, se resuelva  
a abjurar sus errores infernales,  
y a no emplear la formidable diestra  
en favor de las lunas musulmanas.

MALEK-ADHEL. ¿El término es tres días? ¡Ah! Me afrenta,  
me agravia el que ese espacio vergonzoso  
para un perjurio vil se me conceda.  
¿Necesito ese tiempo, por ventura,  
para no cometer una vileza?...  
No, triunfador glorioso Saladino;  
no, hermano, a quien adora mi alma tierna;  
no, patria idolatrada... ¿Abandonaros?...  
¿Venderos?... No será.

MATILDE. Ábrete, ¡oh tierra!

¿Qué rayo el alto Cielo me fulmina?  
(Cae desmayada en los brazos de sus damas.)

HUGO. ¡Infelice Matilde!

RICARDO. (A las damas de Matilde.)

A la princesa  
retirad al momento de este sitio.

MALEK-ADHEL. ¡Día de horror, Matilde! ¿Acaso fuera  
Malek digno de ti, de tus virtudes,  
si tan atroz perfidia cometiera?

## ESCENA VII

RICARDO, LUSIÑÁN, MALEK-ADHEL, HUGO, GUILLELMO y PRÍNCIPES  
CRUZADOS

GUILLELMO. ¿Y perfidia juzgáis, príncipe ilustre,  
el no empuñar las armas en defensa  
de los infieles, y el seguir?...

MALEK-ADHEL. Yo juzgo  
perfidia infame y vil, y atroz y horrenda,  
abandonar al noble Saladino,  
a quien ama mi alma toda entera.  
Abandonar a un generoso hermano,  
cuya amistad y sin igual ternera

quiere sacrificar su gloria y trono  
por mi felicidad.... ¡oh torpe mengua!  
¿Yo hacer traición a su cariño? ¡Nunca!  
RICARDO. ¿Conque ya renunciáis de la princesa  
la mano y el amor?

MALEK-ADHEL. ¡Ah!... Yo renuncio  
sólo a cubrirme de la horrible afrenta  
de ser traidor al noble Saladino  
y a mi sangre... ¡Qué horror!... Esa belleza,  
esa belleza ilustre que atesora  
todas las perfecciones de la Tierra  
y todas las virtudes de los Cielos,  
no debe el premio ser de una vileza,  
de una infame traición, de una perfidia...  
¿Aceptar yo jamás tales propuestas.  
¿Yo aceptarlas?... Las olas resonantes  
que azotan sin cesar esta ribera,  
antes se extenderán por el desierto,  
inundando sus áridas arenas,  
que yo a mi tierno hermano le abandone,  
que contra ti o mi patria alce la diestra  
sacrílega...

(La agitación le impide continuar, y habrá una larga pausa.)

LUSIÑÁN. (A Guillermo.)  
¡Oh señor, oh varón santo,  
cuánto os separan las virtudes vuestras  
del resto de los míseros mortales,  
que indignos son de penetrar la fuerza  
de vuestra santidad y la sublime  
rectitud indeleble, que está impresa  
en vuestro justo corazón. La vida  
y la felicidad vuestra prudencia  
y vuestro celo me devuelven... ¡Cielos!  
Todo lo debo a vos, de quien sospechas  
tal vez osé abrigar... ¡Ah!... Os aseguro  
que en mí la gratitud vivirá eterna.

GUILLELMO. No la merezco, Lusiñán. Protesto  
que en la ocasión presente, en mis ideas,  
ni vos ni otro mortal han influido,  
ni vi los intereses de la Tierra.

HUGO. ¡Oh inflexible virtud! ¡Oh santo Cielo!  
Pero, señor, la mísera princesa...

GUILLELMO. Cuando llegue a explicarle los motivos  
que a esta resolución me compelieran;  
cuando escuche mis sólidas razones,  
verá si el interés, si la pureza  
de nuestra religión, esa alianza

que propuso el Soldán nos consintiera  
aceptar. Sí; su virtuoso pecho,  
mansión de la piedad, verá que fuera  
exponer su virtud pura, inocente,  
dando a un esposo musulmán la diestra,  
a flaquear, tal vez, un día aciago  
en la fe sacrosanta, ¡horrible idea!,  
y lloráramos todos, responsables  
de su infeliz reprobación eterna.

MALEK-ADHEL. No, inflexible varón; tales temores  
albergar vuestro pecho no debiera.  
¡Infelice de mí!... Vos escuchasteis  
mis intentos, señor. y mis promesas:  
vuestro indomable celo no ha podido  
resolverse a ceder... ¡Ah!

GUILLELMO. Cuando esfuerza  
el celo humano Dios; cuando Dios mismo  
es el objeto de él, ¡cómo pudiera  
ceder?... Príncipe, no; cuando se lidia  
por la causa de Dios, vencer es deuda,  
aunque cueste dolor, tormento y llanto.  
No puede ser cristiano el que le cela  
a los ojos del mundo. El que prefiere  
la opinión de los hombres, de la Tierra  
la amistad e interés a Dios y al Cielo.

MALEK-ADHEL. ¡Oh confusión! ¡Oh amor!; Cruel estrella!...  
Señor, señor; en este infausto día  
me habéis hecho más daño que pudieran  
todos los hombres contra mí reunidos:  
me habéis hecho infeliz. Sí; la tremenda  
aflicción que me abrumba a vos la debo  
Y, sin embargo, os juro que en la Tierra  
no hallo a quien tanto como a vos estime  
y respete a la par. Os lo confiesan  
mi corazón, mis labios... Aun espero  
que para siempre de la Parca horrenda  
no nos separará la atroz cuchilla  
sin que reconciliado a vos me vea.

GUILLELMO ¡Qué halagüeña esperanza en mí renace  
al escuchar las expresiones vuestras!

MALEK-ADHEL. ¡Ah! Mas ¿qué dudo? No, jamás: huyamos.

Señor, el regocijo que demuestra  
(A Ricardo.)

por esta decisión vuestro semblante  
mi desventura y aflicción aumenta:  
tal vez, si os mereciese mi infortunio  
al menos compasión, la amarga pena

no tan atroz me desgarrara el alma.  
Mas harto advierto, ¡crueldad horrenda!,  
que todo Ptolomayda, se conjura  
contra Malek-Adhel, y en otra esfera  
debe ya colocar sus esperanzas,  
pues tan falaces fueron en la Tierra.  
Yo me alejo, señor, de este recinto,  
donde todo me abrumba y atormenta;  
torno a los brazos de mi tierno hermano;  
mi consuelo y mi dicha aquí se quedan.  
Cuando la decisión de los prelados  
el generoso Saladino sepa...  
No sé lo que será. Pero preveo  
que va a empezarse la horrorosa guerra,  
devastadora cual jamás, cual nunca  
feroz, horrible, y bárbara y sangrienta,  
y la calamidad y el exterminio abrumarán  
la estremecida Tierra.  
HUGO. ¡Desventurado Adhel! ¡Piadoso Cielo!  
RICARDO. ¡Oh príncipes, venid! Hasta las tiendas  
del excelso Soldán acompañemos  
a su valiente hermano. Obsequio sea  
debido a su valor y a sus virtudes.  
GUILLELMO. ¡Eterno Dios!, imploro tu clemencia.

Acto cuarto

ESCENA I

MATILDE, sola

MATILDE. Confusión, amargura, hórrido espanto  
por doquier me circundan. ¡Desdichada!  
¡infelice Destino!... ¡Para siempre  
le perdí, para siempre!... ¡Suerte infausta!  
¡Suerte cruel!... ¡Gran Dios!, ¿y sus virtudes  
se perderán también? ¿Qué hielo pasma  
la sangre toda de mis venas?... ¡Cielos!

ESCENA II

MATILDE y HUGO

MATILDE. ¡Hugo!... ¡Amigo!...

HUGO. Princesa infortunada,  
hasta el campo enemigo del valiente,  
del desdichado Adhel, seguí la planta,

en justo obsequio a su virtud sublime,  
y en debido respeto a sus desgracias.  
¡Cuál iba, eterno Dios!... Aquel semblante,  
que el heroísmo y el honor inflaman,  
he visto mustio, pálido, marchito  
y regado de lágrimas amargas;  
las primeras, sin duda, que sus ojos  
supieron derramar. Estas murallas  
veloz atravesó, y al ver, acaso,  
la lúgubre mansión donde descansa  
en la marmórea silenciosa tumba  
el gran Montmorency, de pronto para,  
tiembla, y del hondo de su noble pecho  
un suspiro de horror, pálido, arranca.  
Me ruega que le siga, y, presuroso,  
a los reales del Soldán se avanza,  
sin reparar en sus guerreros fieles,  
que en su redor se agolpan y le aclaman,  
la multitud penetra taciturno,  
llega a su pabellón, a todos manda  
que conmigo le dejen, anhelante  
escribe y sella este papel, me abraza,  
mi seno inunda de copioso llanto,  
fuera de sí se arroja ante mis plantas:  
y: «¡Oh tierno amigo! -con ardor me dice-.  
Si caballero sois, si en vuestra alma  
la sensibilidad tiene acogida,  
tomad este papel, y sin tardanza  
entregadlo a Matilde; de él depende  
mi salvación eterna». Sus palabras,  
su amistad, su actitud, su acerbo lloro  
y el recordar que un tiempo quebrantara  
el poderoso yugo de mi cuello,  
tornándome una esposa idolatrada  
y unos hijos cautivos inocentes,  
no pude resistir, desventurada.  
Juzgo no haber faltado a mis deberes,  
pues tal vez de esta misteriosa carta  
dependerá la paz, vuestra ventura  
y de Malek la conversión ansiada.  
Examinadla, pues. Yo me retiro.  
(Entrega un papel cerrado a Matilde.)

### ESCENA III

MATILDE, sola

MATILDE. ¿Qué tiemblas, corazón?... ¿Qué te acobarda?...  
¿Qué papel, Dios eterno?... Y qué, ¿mi pecho

aún osa concebir dulce esperanza?

(Lee.)

«No olvides, ¡oh Matilde!, el juramento que en medio del desierto, en la sagrada presencia del Señor Omnipotente, en libertad hiciste; nada, nada reservarme juraste, exceptuando tu inocencia y tu fe. De tu palabra el cumplimiento ya llegó. Interesa a la quietud eterna de mi alma tornarte a ver. Es fuerza que esta noche, de la sombra a favor, dejes tu estancia, yendo a la regia tumba do reposa el gran Montmorency, que allí te aguarda este infelice. Mas si tú, perjura, de mí te olvidas, y en buscarme faltas, allí desesperada horrible muerte dará fin desastroso a mis desgracias, y se hallarán junto al sepulcro mudo donde el héroe francés en paz descansa del desdichado Adhel los restos fríos. Ya mi resolución está fijada».

(Representa.)

¡Oh Dios! ¡Eterno Dios! ¿Qué nuevo espanto por mis helados miembros se dilata?... ¿Qué he leído?... ¡Infeliz!... ¿Mis tristes ojos cansados de llorar tal vez me engañan?...

(Vuelve a mirar el papel.)

¡Ay!... Si yo falto, la espantosa muerte dará horrorosa cima a sos desgracias... ¡Qué horror!... No... Yo, a salvarle... Mas ¿qué digo? ¿A buscar a un infiel, a quien acaba de separar de mí la Iglesia augusta, prohibiéndome el amarle?... ¡Desdichada! ¡Mis juramentos!... ¡Dios!..., ¡ah! Me asegura que la quietud importa de su alma... ¿Será, tal vez?... Abismos espantosos do quier circundan mi dudosa planta, ¿Qué partido me resta? Sólo encuentro peligros, dudas, confusión amarga, y huyen de mí la paz y la alegría, y ya mi fuerza y mí valor desmayan... Mas, ¡ay!, Guillermo llega... ¿Cómo puedo (Oculta el papel.) disimular con él?... ¡Oh suerte infausta!

ESCENA IV

MATILDE y GUILLELMO

GUILLELMO. Hija mía, Matilde... ¿Por ventura, entenderme podéis?

MATILDE. Sí; preparada a todo estoy, señor.

GUILLELMO. Es necesario aceptar, ¡oh Matilde resignada!, el cáliz de amargura que os presenta el mismo Dios. Mirad que reservadas tiene pruebas tan grandes para pocos elegidos; a todos no señala con la gloria de tales sacrificios.

MATILDE. Ya he recibido el de mi dicha, y calla mi humilde corazón; y si le place tanta conformidad, con toda el alma le ruego que reciba el de mi vida.

GUILLELMO. La desesperación nunca le es grata; escuchad, pues, princesa, las razones que con voz imperiosa me obligaran a dictar al Consejo la repulsa que lamentáis. La lid extraordinaria que ha agitado mi pecho, el Cielo sabe inocente Matilde, al pronunciarla.

La justa gratitud y la ternura que al obcecado Adhel debe mi alma notorias son; notorios mis deseos de su dicha y la vuestra, ¡oh desgraciada!; pero en su pecho, como el bronce duro, no hicieron mella alguna mis palabras. Se resistió a la luz..., ¡desventurado! Aún no llegó el momento; reservadas son las miras de Dios.

MATILDE. ¿Y aun se preciso resignarse?

GUILLELMO. ¡Infeliz! ¿Dónde os arrastra vuestro dolor? De mi penosa vida en la carrera perezosa y larga he visto mil sucesos diferentes y mil calamidades y desgracias; mas no encontré jamás motivo alguno para no resignarme con las altas providencias del Ser Omnipotente. ¿Quién sus designios penetrar osara? Tal vez la conversión del héroe persa Para momento inesperado guarda. Entre tanto, Malek ha resistido mi persuasión. En vano ante sus plantas me he prosternado; en vano sus errores

le he hecho patente, y con la antorcha clara  
de la Eterna Verdad le he combatido.  
Alguna vez mi pecho en esperanzas  
dulcísimas viviera, pues acaso  
le he visto conmovirse, y protestaba  
que de la fe la esplendorosa lumbre  
su corazón hería...

MATILDE. Si su alma  
ha llegado a sentir...

GUILLELMO. Triste princesa,  
sin las obras, ¿qué sirven las palabras?  
El que la luz conoce y la resiste  
es doble criminal. Desde que en Jafa  
mis cadenas rompió, ni un solo instante,  
hasta que vi de nuevo estas murallas  
dejé de persuadirle; mas en vano.  
Inflexible y tenaz, imaginaba  
que el abrazar nuestros sagrados dogmas  
y de su amante hermano y de su patria  
declararse traidor era lo mismo.  
Es verdad que dejaros me juraba  
entera libertad en nuestro culto,  
y que en secreto de la Iglesia santa  
humilde abrazaría los preceptos.  
Pero esto ¿era bastante?... ¿En una vana  
promesa solamente confiado,  
debiera yo de la ciudad sagrada  
colocarle en el trono y exponerla  
a escándalos sin fin?... ¡Infortunada!  
Si es tan difícil la pureza augusta  
de la divina fe, guardar intacta  
en medio de santísimos ejemplos,  
¿qué será entre los riesgos que asombraran  
a las mismas angélicas virtudes?...

MATILDE. ¡Qué horror!..., hija, ¡qué horror! Si vos...  
¡Ah!..., basta;  
por piedad, no sigáis...: Os aseguro  
que yo misma, yo misma pronunciara  
la decisión que vos...

GUILLELMO. ¡Oh Dios eterno!  
Si tal virtud y altísima constancia  
tienen asilo en su virgíneo pecho,  
no tengo qué añadir... ¡Oh joven santa,  
encanto de la Tierra y de los cielos!

MATILDE. ¿Qué pronuncias? Yo tiemblo... ¡Qué palabras!  
¡Ah!..., soy muy criminal... ¡Ay!...

GUILLELMO. ¡Hija mía!,



¿qué nueva turbación, ¡cielos!, embarga  
vuestro pecho?...

MATILDE. ¡Señor! Guillelmo ¡ay triste!

GUILLELMO. ¿Qué preveo?... ¡Gran Dios!... ¡Matilde!...

MATILDE. Nada,

nada puedo deciros; no, Ricardo...

GUILLELMO. Qué dudas, ¡ah!, mi corazón desgarran.

#### ESCENA V

MATILDE, GUILLELMO, RICARDO y LUSIÑÁN

RICARDO. Borrascoso y terrible fue este día

para tu corazón, ¡oh tierna hermana!

Pero a favor de tu virtud sublime,

¿de qué horrendos desastres no triunfaras?

MATILDE. ¡Ay Ricardo!...

RICARDO. Las sólidas razones,

y el Cielo, y la piedad, que tanto ensalzan

al ínclito arzobispo, ya a tu pecho

habrán tornado la apacible calma.

Y dispuesta, sin duda, hora te miro

tu esfuerzo a completar.

MATILDE. ¡Dios!... ¿De qué tratas?

RICARDO. Escuchadme tranquila. Los desastres

de la guerra feroz, desde mañana,

van a tornar a estremecer la tierra.

Saladino, furioso, ardiendo en rabia,

va a embestirme con alto poderío.

Adhel, su altivo hermano, con el ansia,

tal vez de conquistarte a viva fuerza

con el auxilio de sus fuertes armas,

le prestará su aterrador alfanje,

y es preciso quitarle esa esperanza.

Los valientes guerreros de la Europa,

por premio de sus ínclitas hazañas

en el dosel de Palestina quieren

ver alguna princesa de su patria,

y tú debes de ser.

MATILDE. ¿Cómo? ¡Ricardo!

RICARDO. Uniéndote himeneo sin tardanza

al grande Lusiñán, mi tierno amigo.

MATILDE. ¡Cielos!

RICARDO. Con este enlace, entusiasmadas

las católicas huestes numerosas,

volarán a la lid, y nuestras armas

con nuevo aliento y ardoroso brío:

arrollarán doquier las musulmanas

haces, y tremolar nuestros pendones

veremos en Sión.

LUSIÑÁN. Yo, con mi lanza,  
sabré, señora, recobrar el trono  
para ofrecerlo a vuestra bella planta.

RICARDO. Sí, Matilde; no dudo que al momento  
mi determinación verá aprobada  
por ti, y al punto...

MATILDE. No; jamás, Ricardo,  
¿Qué pretendes de mí?... ¿Qué?

RICARDO. Lo que aguarda  
el ejército entero.

LUSIÑÁN. Lo que anhela  
mi amante pecho.

RICARDO. Y lo que exige y manda  
tu rey, tu hermano, yo.

MATILDE. ¡Qué tiranía!  
¡Cielos!... Antes la muerte.

RICARDO. Ya me cansan

tus tenaces repulsas. Desde el punto  
que tornaste, Matilde, a estas murallas,  
libre del cautiverio, los cristianos  
se han ocupado más de tus extrañas  
aventuras y amores delincuentes  
que en el intento, y en la empresa santa  
por que dejaron con esfuerzo heroico  
sus esposas, sus hijos y sus patrias.  
¿Y juzgas, di, que la mitad de Europa  
haya venido al corazón de Arabia  
tan sólo a presenciar, en ocio inerte,  
debilidades que tu nombre inflaman?  
Concluya todo ya. Nobles empresas  
llenen las huestes que la Cruz esmalta.  
Obedece su voto. Las antorchas  
del himeneo alumbrarán mañana  
tu unión con Lusiñán, que luego al punto  
conmigo ha de tornar a las batallas,  
donde su aliento y esforzado brío  
del persa infiel abatirá la saña,  
triunfando de Malek. Y la victoria  
hará patente con ardiente llama  
que es más digno de ti que el orgulloso  
árabe infiel a Dios. Sí; ya tomada  
ves mi resolución. Tu dicha anhelo,  
pero más el honor de nuestra causa.  
No haya más replicar. Sólo te cumple  
obedecer. Prepárate: mañana  
a Lusiñán por siempre has de enlazarte

del Dios omnipotente ante las aras.  
MATILDE. ¡Oh Dios! ¡Qué horror!... Jamás. jamás. Su vista  
de terrible pavor mi pecho embarga...  
¿Dónde me esconderé de los tiranos?...  
A esta infeliz, eterno Dios, ampara.

#### ESCENA V

GUILLELMO, RICARDO y LUSIÑÁN

RICARDO. ¿Lo veis, señor?... ¿Lo veis?

GUILLELMO. A pesar mío.

LUSIÑÁN. ¿Por qué la dulce persuasión que manan  
vuestros sublimes y celosos labios  
no usáis en mi favor? Vuestras instancias...

GUILLELMO. Jamás permita Dios que mi elocuencia  
a la opresión y a la injusticia valga.

RICARDO. ¡Opresión!... injusticia!...

GUILLELMO. ¿Y no lo advierte

vuestro gran corazón, rey de Britania?

¿No es injusticia el aumentar las penas  
que hoy a Matilde sin piedad contrastan?

¿No es injusticia atormentar su seno  
con la reconvención dura y amarga?

¿No es crueldad el desoír su llanto  
y abusar de su suerte y sus desgracias?

¿Y no será opresión el compelerla  
a un lazo que detesta? ¿Y el forzarla  
a que al momento calle y se resigne?...

¿Cómo así, excelso rey? Vos la esperanza  
queréis quitar a Adhel. Y ¿qué se logra?

Y si con ella, por ventura, abraza  
la augusta religión que profesamos,  
¿no fuera un nuevo triunfo, una ventaja?

LUSIÑÁN. Señor, que ese perverso sus errores  
abjure o no, ¿qué importa a nuestra causa?

Ni su alfanje me aterra ni su nombre.

Cima daremos a la empresa santa,  
a su pesar, que Lusiñán respira  
y empuña la tajante cimitarra.

GUILLELMO. A la verdad, señor, que la experiencia  
pudiera deshacer vuestra esperanza.

Recordad que de Adhel el fuerte brazo  
el trono hundió que vuestros pies hollaban,  
y la memoria, ¡oh rey!, del infortunio

os quitará, tal vez, la confianza,  
que solamente colocarse debe  
en el supremo Dios de las batallas.

Mas, lejos de implorar su santo auxilio,

le ofendéis, le ofendéis con la arrogancia  
y con querer, injusto, que Ricardo  
por vos, oprima su inocente hermana.

RICARDO. Señor, os excedéis de las funciones  
de vuestro sacro ministerio; basta.

LUSIÑÁN. Y ¿quién os constituye, por ventura,  
juez de los reyes?... Vuestra lengua osada...

GUILLELMO. Defender la inocencia es deber mío  
de quien pretenda sin reparo hollarla.

Si en público jamás falto al respeto  
que es debido tener a los monarcas  
y a los que jefes son de las naciones,  
debo en secreto reprender sus faltas  
y hablarles como a hombres acosados  
de errores y pasiones, por desgracia.

Rey de Albión, si, deslumbrado y ciego,  
oprimís a Matilde, vuestra hermana,  
holláis la religión y la justicia,  
y el Dios eterno les dará venganza.

Y vos, ¡oh Lusiñán!, tened por cierto  
que si exigís con arrogante audacia  
que Ricardo os mantenga la promesa,  
que nunca debió hacer, os amenazan  
el odio eterno y el airado brazo  
del que en los tronos y en los reyes manda.

## ESCENA VII

RICARDO y LUSIÑÁN

LUSIÑÁN. ¿Qué me importa su orgullo y osadía  
si vos sabéis cumplir vuestras palabras?

RICARDO. Y que inmutables son. Os juro, amigo,  
que Matilde es ya vuestra. Sí; mañana,  
a la primera luz, su amor eterno  
os ha de consagrar ante las aras,  
aunque el mundo se oponga.

LUSIÑÁN. Amigo amado,  
en gratitud mi corazón se abrasa.

RICARDO. Vuestra será. Y al punto, revistiendo  
el fiero casco y la acerada malla,  
varemos a la lid. Rindan sus torres  
a nuestra vista Cesarea y Jafa;  
y sembrando la muerte y el asombro,  
cual rayo aterrador, nuestras espadas  
por siempre ahuyenten a los fieros persas  
de Palestina y de las dos Arabias,  
y tremolar las cruces por el viento  
mire Jerusalén en sus murallas.

## Acto quinto

(El teatro representa una magnífica capilla sepulcral. adornada de despojos militares y alumbrada con una lámpara, y en medio del foro debe levantarse un magnífico sepulcro lleno de trofeos.)

### ESCENA I

MALEK-ADHEL, solo

MALEK-ADHEL. ¡Oh cuánto tarda!... Mi confuso pecho,  
de horribles sobresaltos combatido,  
no sabe qué esperar... ¡Cielos!... ¡Matilde!  
¡Matilde! ¿Dónde estás? ¡Cruel destino!  
¿En la mansión tranquila de la muerte  
la intenta recobrar el amor mío?  
¡Qué afán!... La paz habita en los sepulcros;  
el silencio, el pavor tienen su asilo  
en estas altas bóvedas oscuras,  
do lúgubres resuenan mis suspiros.  
El silencio, la paz, que yo, infelice,  
me atrevo a perturbar en mi delirio.  
En esta tumba, en sempiterno sueño,  
del gran Montmorency los restos fríos  
yacen por siempre... Por Matilde el cuello  
dio denodado al espantoso filo.  
Felice, ya estás libre del combate  
de las pasiones en que yo me abismo.  
¿Cuándo te seguiré? ¡Qué hielo horrible,  
lento, discurre por los miembros míos!  
¡Matilde!... ¡Oh tú, Matilde!... No. no viene.  
Mi pecho, ¡oh dudas!... ¡Bárbaro martirio!  
No; su pecho es mansión de las virtudes,  
de la verdad su labio. Mas ¿qué digo?  
Juró no abandonarme... ¡Justo Cielo!  
Su religión, en este día mismo,  
de mí la aparta.... me la roba, y ella  
me dejará morir en hondo olvido.  
Su religión.... ¡qué augusta se presenta,  
cuán sacrosanta ante los ojos míos!  
En ella, ¡qué dichoso yo sería!  
¡Con ella!... No, jamás... ¡Oh Saladino,  
oh patria, no! ¡Qué mar tan borrascoso  
en mi apenado corazón abrigo!

### ESCENA II

MALEK-ADHEL y MATILDE

MATILDE. ¡Qué horror!... ¡Cielos! ¿Dó estoy? ¿Por qué mi planta a este lugar terrible me ha traído?... ¡Qué silencio!

MALEK-ADHEL. ¡Matilde!

MATILDE. ¡Oh Dios!

MALEK-ADHEL. ¡Matilde!

¿Te torno a ver? Dichoso es mi destino.

Me vuelves a la vida; a ti tan sólo debo el dulce consuelo que respiro.

MATILDE. ¡Adhel, Adhel! ¡Qué espanto! ¿Con qué objeto me convocáis, osado, en este sitio?

¿Qué pretendéis de mí?... ¡Dios! ¿Más desastres reservados están? ¿Será preciso resistir más combates?... Habla pronto...

Hazme al punto patente tus designios, concluya de una vez tanto infortunio. acaba... acaba, pues... ¡Cruel prestigio! Concluyamos, Adhel.

MALEK-ADHEL. ¡Ah! ¿Por qué tiemblas?

Jamás tu pecho tan turbado he visto.

¿Qué te agita, Matilde?... El sobresalto, el terror y la muerte están escritos en tu marchita faz.

MATILDE. ¡Ah! ¿Me preguntas

qué agita, qué confunde el pecho mío?...

¿Dónde? En este lugar, que profanando nuestras plantas están, a do he venido, a pesar de mi hermano, de mi fama y de mi Dios también... Yo me horrorizo.

La cristiandad entera ha separado mi triste corazón del tuyo hoy mismo, y ensangrentado, y devorado, y muerto, cual en mi pecho mísero le abrigo, me manda que le entregue sin demora al hombre que aborrecen mis sentidos...

Unirme a Lusiñán en el instante Ricardo quiere...

MALEK-ADHEL. No será, que aún vivo.

¡Horrible tiranía, que enfurece mi corazón!

MATILDE. El implorar tu auxilio

es el único medio que me resta para librarme de ella. ¡Medio inicuo y vergonzoso, con que mi alto nombre en oprobioso deshonor mancillo!

Aún falta más a mi inquietud. ¡oh cielos!

En este suelo de pavor te miro,

donde la muerte en torno te circunda,  
do tu frente amenazan mil peligros.  
Si te descubren..., ¡ay!, un sanguinario  
rival atroz, un pérfido enemigo  
gozará la ocasión de la venganza...  
Y yo a tu lado estoy..., ¡negro delito!,  
junto a ti, de mi patria y de mi hermano  
y de mi religión contrario impío...  
¿Y no se abre la tierra y me confunde?  
Sí; por mi voluntad aquí he venido,  
y por debilidad quedo a tu lado,  
y desoigo, culpable, el santo grito  
de mi conciencia, que me acusa; y nada  
me arredra, y, delincuente, aquí persisto,  
sin fruto, destrozando mi alma toda  
con mil remordimientos y martirios.  
He aquí mi situación. ¿Y me preguntas  
qué me agita? ¿Y aún quieres que tranquilo  
mi espíritu te escuche?

MALEK-ADHEL.

No, Matilde;

ya ni tranquilidad ni calma exijo  
de tu apenado pecho; sólo quiero  
resolución. El tiempo, fugitivo,  
huye y no torna; aprovechar es fuerza  
los instantes: ya todo prevenido,  
todo, lo está por mí. Llegó el momento;  
huyamos para siempre de este sitio.  
Mañana te verás libre y segura  
en la Corte del bravo Saladino.

MATILDE. ¿Qué osaste pronunciar? ¿Qué? ¡Temerario!

MALEK-ADHEL. No te ofusques... Escucha te suplico.

Para hollar con veloz y osada planta  
todo temor, para animar tu brío  
y decidirte, al fin, a mis propuestas,  
no quiero recordarte tu destino;  
no que obligada te verás mañana,  
mañana de la aurora al primer brillo.  
a un himeneo horrible que detestas:  
no mi horrendo despecho, el hondo abismo  
de tormentos do vas a despeñarme  
con ese enlace atroz. El labio mío  
sólo ha de recordarte el juramento  
que pronunciaste, de que al Cielo mismo  
garante hiciste, el rayo provocando  
si faltabas a él y su castigo.  
¡Oh Matilde! Recuerda tus palabras:  
de todo me ofreciste el sacrificio,

tu inocencia y tu fe salvando sólo;  
que cumplas hora tu palabra exijo.  
Guarda, Matilde, tu inocencia intacta.  
guarda pura tu fe; pero al abrigo  
ponte de esos tiranos inflexibles,  
que quieren inmolarte a su capricho.  
Sígueme, pues, y nada te detenga;  
ven a buscar defensa, amparo, abrigo,  
de mi hermano en el seno cariñoso.  
que ya te espera plácido y benigno.  
En su Corte estarás más respetada  
que en la que riega el Támesis umbrío  
Tú sola vivirás en un palacio  
do la pompa oriental muestra su brillo.  
Allí nadie osará, ni aun con la vista,  
tu mansión penetrar; nadie, y yo mismo  
jamás en él imprimiré la planta  
sin obtener primero tu permiso.  
El Asia, el ancho mundo, el orbe todo  
de tu pureza angélica testigos  
y de mi sumisión y hondo respeto  
serán, y yo mis ruegos y suspiros  
sabré enfrenar y contener valiente  
de mi amoroso afán el fuego vivo.  
Sí, Matilde, Matilde; libre y pura  
vivirás y tranquila en tu retiro,  
fiel a tu Dios, cercada de cristianos  
ejercitando tus sagrados ritos.  
Y si, afable, te dignas de admitirme  
a ejercerlos también allí contigo,  
tal vez de tus augustas ceremonias  
y de tu alta virtud al fin vencido,  
mi corazón humilde dará entrada  
a tu fe y a tu Dios.

MATILDE. Cesa, ¡oh martirio!

Si tú a reconocerlos accedieras,  
si abrazarlos hubieras consentido,  
no regara mis pálidas mejillas  
el llanto acerbo de los ojos míos.  
¡Oh, cuán felices fuéramos!... Ahora  
lejos de avergonzarme de mi inicuo  
y criminal amor, de él me jactara.  
Y a tu lado, Malek empedernido,  
en lugar de espantarme las miradas  
de Ricardo, de todo el cristianismo  
y del Dios vengador, yo los pusiera  
de mi dicha y la tuya por testigos.



MALEK-ADHEL. Basta, Matilde; basta. Tus palabras  
son de mi pecho bárbaro suplicio  
¡Ah!... No lo ignoras..., no. Mi tierno hermano,  
el heroico, el valiente Saladino,  
aborrece tu culto. Inexorable,  
ha jurado por siempre confundirlo.  
Igual es ser cristiano, ante sus ojos,  
que declararse su hórrido enemigo...  
¿Y debiera yo serlo? A ser cristiano,  
lo hubiera entre los hombres sostenido,  
que al seguir a tu Dios, el defenderlo  
fuera la obligación del brazo mío.  
¿Y contra quién, Matilde? En la terrible,  
en la guerra que atroz hubiera ardido.  
¿Qué me restaba, di?... ¿Qué, por ventura,  
en inerte baldón, en ocio indigno,  
entre los dos ejércitos quedara,  
viendo en uno mi esposa y mi Dios mismo;  
en el otro, mi hermano y dulce patria?  
¿Mil votos, por lo menos, que partido  
tuvieran?... Decidid, nombrad, Matilde.  
un juramento nuevo, uno inaudito  
(si es que tanto alcanzáis), que no aparezca  
sacrílego y terrible, y me decido  
a pronunciarlo. Pero basta; advierto  
en tu semblante pálido y marchito  
la impresión del horror... Sí, te estremeces  
y la razón me das... Harto te he dicho.  
Sígueme, pues; tu decisión, sin duda,  
obligará de nuevo a los obispos  
a abrazar la opinión, que ya abrazaron,  
y que Guillermo contrarió. Rendidos  
los guerreros cristianos de esta guerra  
al peso atroz, verán con regocijo  
esta ocasión, que espero proporcione  
de amable paz el consolante alivio.  
Sí; de la humana sangre los torrentes  
que a inundar van en espumoso río  
este suelo infeliz, tú sola puedes  
contener, accediendo a mis designios.  
Tú, de Jerusalén el alto trono  
ocuparás; en ella su dominio  
los cristianos tendrán..., y acaso, acaso,  
todos, y aun el austero Saladino,  
de tu virtud, de tu sublime ejemplo  
y también de los cielos el auxilio,  
cederán, y a tu Dios y a tu creencia,

al fin, tal vez se humillarán rendidos.  
Pero si, ingrata y dura, te resistes  
mis huellas a seguir, aquí, ahora mismo.  
a mi amor, a mi vida, a mi esperanza  
dará horroroso fin este cuchillo.

(Saca un puñal en ademán de herirse.)

MATILDE. ¡Tente, tente!... no más... ¡Oh Dios eterno!

Tú me mandas seguirle. Mas ¿qué digo?

MALEK-ADHEL. No perdamos el tiempo. Sí, Matilde;  
sígueme, ven.

MATILDE. Espera. No resisto...;  
mas escúchame, Adhel.

MALEK-ADHEL. ¿Qué?

MATILDE. No a la Corte

de tu glorioso hermano  
Saladino me vas a conducir.

MALEK-ADHEL. ¿Dónde?

MATILDE. A la cumbre

de famoso Carmelo; entre sus riscos  
sabes se encuentra un santo monasterio.

Quede yo en él oculta, sea el abrigo  
que de Ricardo y Lusiñán me esconda.

Así mi juramento ves cumplido.

MALEK-ADHEL. ¿Y qué, Matilde?

MATILDE. ¡Oh Dios!

MALEK-ADHEL. ¿Qué te estremece?

MATILDE. ¿No adviertes..., qué rumor? ¡Cielos! ¡Perdidos  
somos.... noble Adhel!

MALEK-ADHEL. No... Nada temas.

MATILDE. ¡Que aquí llegan, Adhel!

MALEK-ADHEL. ¡Cruel destino!

MATILDE. Ocúltate al momento. Sí, esta tumba

te esconda a los feroces  
que a este sitio mueven la planta audaz.

MALEK-ADHEL. Qué, ¿Yo ocultarme  
como pudiera un vil?... No...

MATILDE. Mi peligro

muévate, ¡oh noble Adhel! Si aquí me encuentran  
sola, no importa; saben que contino  
vengo a esta tumba a dirigir mis votos  
al Soberano Dios. Mas si contigo  
me sorprenden, ¡qué horror, muerta mi fama,  
y burlados serán nuestros designios.

Ven, escóndete, pues... Sí..., ya penetran.

MALEK-ADHEL. Te obedezco, Matilde, a pesar mío.

(Se esconde detrás del sepulcro.)

### ESCENA III

MALEK-ADHEL. (Oculto), MATILDE, LUSIÑÁN y dos ESCUDEROS suyos  
LUSIÑÁN. (A los escuderos, al tiempo de entrar en la escena.)

Ya sabéis mi intención... Pero ¡Matilde!

¿Cómo en este lugar?

MATILDE. ¿Por qué, atrevido,  
con bélico aparato y armas fieras  
profanáis este lúgubre recinto  
y alteráis mi quietud cuando a los cielos  
mis plegarias y súplicas dirijo?

LUSIÑÁN. En vuestra busca vengo. El gran Ricardo,  
yo y el prelado de la excelsa Tiro  
a un tiempo vuestra ausencia del palacio  
con justo sobresalto conocimos.  
La extraña hora de crueles dudas  
nuestros pechos llenó. Despavoridos,  
a buscaros atónitos marchamos,  
y yo, en alas de amor, las pasos míos  
dirijo a este lugar, donde os encuentro  
de mis fieras sospechas combatido.  
¡Ah Matilde, Matilde! En vuestra frente  
tal turbación y confusión distingo,  
que me llenan de horror...

MATILDE. Bien... Al momento  
volved, ¡oh Lusiñán!, pues ya habéis visto  
el lugar donde estoy... El sobresalto  
a Ricardo aquietad y al arzobispo,  
y sepa que tranquila aquí me encuentro,  
donde no me amenaza algún peligro.

LUSIÑÁN. ¿Dejaros yo, Matilde?... No; alejaos  
de este sepulcro lóbrego y sombrío  
a vuestro alcázar, a los dulces brazos  
de vuestro hermano retornad conmigo.

MATILDE. En vano lo exigís... Marchad os ruego;  
os seguiré bien pronto.

LUSIÑÁN. Ora es preciso.  
Vamos, vamos al punto, que a mi mente  
llena de horror un bárbaro prestigio,  
y... venid, sí; venid.

(En ademán de asirla.)

MATILDE. Y ¿cómo, osado?...

LUSIÑÁN. No vale el resistir. Es deber mío  
arrancaros al punto de este suelo  
pavoroso y terrible. El fuego vivo  
en que por vos mi corazón se abrasa,  
doquier encuentra horrendos precipicios.  
Recordad que mañana el himeneo

en lazo indisoluble debe unirnos.  
Y hasta que llegue tan feliz momento  
no perders de vista sólo exijo.  
Seguidme.

MALEK-ADHEL. (Saliendo con denuedo de detrás del sepulcro.)

No será.

MATILDE. ¡Desventurado!

LUSIÑÁN. ¿Tú aquí?... ¡Oh furor!

MATILDE. ¡Ay Dios benigno!

MALEK-ADHEL. Qué, ¿te turbas? ¿Qué esperas? Vibra al punto  
el vengador acero. El brazo mío  
a Matilde defiende, y el quererla  
sacar de este lugar es un delirio.  
¿Qué aguardas, Lusiñán? ¿Qué? Si conoces  
la ley del caballero, si eres digno  
del cetro de Sión y de la mano  
de esta ilustre beldad, aquí, ahora mismo,  
lo puedes demostrar. Llegó el momento,  
Yo soy Malek-Adhel, yo tu enemigo  
más implacable, más feroz, que anhela  
beber tu sangre vil. Vamos.

LUSIÑÁN. Impío.

Escuderos, mirad cómo profanan  
sus sacrílegas plantas este sitio,  
do la virtud reposa. Seduciendo  
aleve estaba el corazón sencillo  
de esta incauta princesa... ¡Horrible insulto!  
¡Muera, muera!

MATILDE. Tened, viles ministros  
de su furor.

MALEK-ADHEL. Cobarde, ¿tú no bastas?

LUSIÑÁN. (Desnuda la espada y se arroja sobre Malek, mientras los escuderos le rodean,  
le sujetan y le atraviesan sus dagas.)

Vengamos los ultrajes de Dios mismo.  
¡Muera el infiel!, y con su sangre impura  
al Cielo hagamos grato sacrificio.

MALEK-ADHEL. (Cayendo herido.)

Traidores... ¡Ay de mí!

MATILDE. (Corriendo a sostener a Adhel.)

¡Bárbaros!

MALEK-ADHEL. ¡Cielos!

LUSIÑÁN. Húndete para siempre en el abismo.

MATILDE. ¡Oh verdugos!... ¡Qué horror! ¡Monstruo inhumano!  
¡Amado Adhel! ¡Adhel!... ¡Dios compasivo!  
¡Tiembra, tiembra, perverso!... De esa tumba  
álzate, sombra, y venga de tu amigo  
el vil asesinato.

MALEK-ADHEL.   ¡Oh Dios!... Matilde,  
huye de ese cobarde, de ese inicuo;  
maldícele conmigo, y sosegado  
bajo a las sombras del sepulcro frío.  
(Expira.)

MATILDE. ¡Ya expiró!... ¡Eterno Dios, dadle venganza!

ESCENA ÚLTIMA

MALEK-ADHEL (muerto), MATILDE, LUSIÑÁN, sus dos ESCUDEROS, RICARDO,  
GUILLELMO, HUGO, PRÍNCIPES CRUZADOS, DAMAS de Matilde, GUARDIAS y  
PAJES con luces

(Lusiñán con sus escuderos, queda a un lado de la escena en la mayor confusión)

GUILLELMO. Aquí están, aquí están. Mas, ¡Dios!, ¿qué miro?

RICARDO. Lusiñán, ¿y Matilde?

HUGO.   ¡Cielo santo!

MATILDE. Ved a Malek, miradle. Sí; ese inicuo  
y sus viles satélites horrendos  
el negro asesinato han cometido.

PRÍNCIPES CRUZADOS. ¿Qué dice?

RICARDO.                                 ¡Lusiñán!

MATILDE.   Él es el monstruo,  
el aleve, el traidor, el asesino.

GUILLELMO. ¡Eterno Dios! En su sombría frente  
la turbación de la maldad diviso.

Ved su temblor... No hay duda. En su semblante  
está patente el bárbaro delito.

¿Y aun osará aspirar al santo cetro  
su mano ensangrentada? ¡Me horrorizo!

RICARDO. ¡Oh terrible atentado!... Me avergüenzo  
de haberos abrazado como amigo.

Yo os abandono, sí; yo os abandono,  
huyo de vos, ¡oh monstruo envilecido!,  
con mis valientes, que su honor mancharan  
en auxiliar a un pérfido asesino.

Vamos, Matilde, al punto.

MATILDE.   No abandono  
los restos de Malek. Ya tengo asilo  
de Carmelo en la cumbre peñascosa,  
del claustro silencioso en el retiro.

GUILLELMO. Inescrutables son vuestros decretos,  
¡oh justo Dios! El mísero, el mezquino  
mortal, tan sólo debe respetarlos  
humilde, resignarse y bendecirlos.

FIN DE «MALEK-ADHEL».

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**